

LOS MARXISTAS Y LA TERAPIA DE CHOQUE EN EUROPA ORIENTAL

El artículo de Peter Gowan, «Neo-Liberal Theory and Practice for Eastern Europa»¹ es sin duda ambicioso. En él pretende mostrar que el Grupo de los Siete países más industrializados (G7) y las instituciones financieras internacionales han tratado de imponer, con bastante éxito, un imperialismo cuando menos económico sobre los países poscomunistas de Europa central y oriental y en las antiguas repúblicas de la Unión Soviética. Lo han hecho, afirma, promoviendo una «terapia de choque» como estrategia de transformación económica que esos países debían adoptar como condición previa para solicitar la intervención del FMI y el Banco Mundial y recibir otras ayudas de carácter crediticio. Esa estrategia ha empobrecido a los países en cuestión, arruinando su estructura industrial, lo que constituía un paso necesario para convertirlos, como pretendía el G7 y las instituciones financieras internacionales, en mercados pasivos para los productos occidentales. La terapia de choque, escribe, fue elaborada por el economista de Harvard Jeffrey Sachs, que ha desempeñado el papel de principal ideólogo y promotor de la misma, ayudado por otros autores, como ciertos anónimos corresponsales de *The Economist*, Anne Applebaum y Michael Ignatieff, en *Foreign Affairs*, y por mí mismo, en el *Financial Times* y la *London Review of Books*. Ésa es la razón de mi respuesta.

Su tesis es desmesurada, principalmente en dos aspectos. Si fuera cierta significaría un enorme escándalo para los países ricos, que, proclamando su compromiso de promover la democracia y el libre mercado, en realidad habrían estado actuando de la forma más cínica y mendaz, en procura únicamente de sus intereses, a expensas, no sólo de la economía de esos países a los que decían ayudar, sino de miles, quizá cientos de miles, de vidas humanas, que según Gowan se han perdido prematuramente debido a los

¹ Peter GOWAN, *La apuesta por la globalización. La geoeconomía y geopolítica del imperialismo euro-estadounidense*, Madrid, Akal, 2000; originalmente publicado en *NLR*, 213 (septiembre-octubre de 1996).

efectos colaterales de la terapia de choque. En otras palabras, el imperialismo que imputa al G7 es del tipo clásico, asesino y rapaz, por más que intente aparentar cultura y progreso.

En segundo lugar, ese artículo pone de manifiesto un insólito acuerdo total, por parte de un economista marxista que publica en la revista marxista anglófona más importante del mundo, con los principios básicos de la acusación lanzada en los pasados cuatro años por el Partido Comunista de la Federación Rusa (PCFR), el Partido Democrático Liberal de Zirinosvski, el recientemente formado Congreso de las Comunidades Rusas (Lebed), y muchos otros agrupamientos marxistas-leninistas y nacionalistas de Rusia y de la antigua Unión Soviética, así como por algunos grupos mucho más pequeños y menos influyentes, tanto marxistas como derechistas, de Europa central y oriental. Apunta así a la adopción, por parte al menos de una corriente del marxismo occidental, del análisis marxo-nacionalista oriental del proceso de reforma en la última media docena de años, y un rechazo de la estrategia de los remodelados y rebautizados Partidos comunistas de, por ejemplo, Polonia, Hungría y Lituania, cuya actitud, tanto desde la oposición como en el poder, se ha visto y se ve marcada por la aceptación explícita de los principales puntos de lo que se ha denominado terapia de choque, aun cuando afirman que intentan atenuar su impacto social. Dada la marginación del marxismo a ciertos ambientes académicos, e incluso en los propios ambientes académicos, ese fenómeno no es actualmente demasiado importante. Pero podría llegar a serlo en el futuro, si se produjera un resurgimiento del pensamiento marxista.

Sin embargo, existen algunas diferencias, que debemos reconocer y alabar. El análisis de Gowan está al menos desprovisto del antisemitismo y otras muestras de racismo que acompañan habitualmente las presentaciones más toscas de la tesis del imperialismo occidental. Es bastante más coherente y mejor informado. Algunas de sus afirmaciones son ciertas. Pero la mayor sofisticación de sus argumentos lo hace también menos directo y franco que los de los marxo-nacionalistas del Este: donde el PCFR, Zirinosvski y otros acusan abierta y escandalosamente a Occidente de imperialismo, Gowan desliza esa afirmación solapadamente en el último párrafo de su artículo. No cabe duda de lo que insinúa, pero nos obliga a reconstruir su significado, como si preparáramos un caldo a partir de cubitos concentrados.

Las opciones limitadas de los gobiernos poscomunistas

Además, su perspectiva general supone que quienes formaron los gobiernos de los países poscomunistas tenían un amplio, incluso ilimitado, abanico de opciones entre toda una gama de posibilidades, desde el neoliberalismo hasta el «comunismo sin partido» que intentan ahora los líderes de

Bielorrusia y de algunos de los países de Asia central. Está casi del todo ausente una apreciación de las crisis que afrontaban las elites gobernantes poscomunistas, especialmente en las antiguas repúblicas soviéticas, enfrentadas al colapso de un imperio, un sistema comercial, una estructura industrial y económica y un partido dirigente. Eso no significa negar que se adoptaron decisiones políticas, y que fueron conscientes y decisivas. Gowan, empero, niega implícitamente la extraordinaria importancia de las presiones de esas crisis concretas sobre las decisiones que se tomaron. Por ejemplo, el hecho de que muchos gobiernos poscomunistas elevaran más pronto o más tarde los precios prácticamente hasta los niveles de mercado apuntaba a la crisis general de las subvenciones estatales, crisis que venía de antiguo, que había socavado la fuerza remanente en los regímenes comunistas, y que éstos habían sido incapaces de resolver radicalmente porque temían, con razón, que su poder fuera demasiado frágil para imponer la exigencia de apretarse el cinturón. Quienes no elevaron tanto los precios subvencionaron los productos básicos, como indicación más o menos explícita de que la elite gobernante pretendía mantener los poderes y privilegios de un Estado autoritario, garantizando al pueblo un nivel mínimo de subsistencia, como suele hacer ese tipo de Estados. En el artículo de Gowan no se reconoce esa crisis, ni las negociaciones que exige su resolución; en su análisis, las decisiones parecen ser cuestión de buenas y malas opciones y, en ocasiones, casi de elegir entre el bien y el mal. En realidad, la terapia de choque consistió mucho más en una serie de esfuerzos desesperados por impedir el colapso total de las finanzas públicas que un *cocktail* de medidas elegidas a voluntad de un menú bien surtido.

En ningún aspecto es tan evidente esa dualidad entre el bien y el mal como en el breve excursus de Gowan por la política rusa: su utilización del conflicto entre Boris Yeltsin y el Soviet Supremo ruso en 1993 como ejemplo de la legítima protesta de una institución democrática contra los efectos de la terapia de choque, mientras el desenfrenado poder presidencial le otorgaba su despiadado apoyo. En ese apartado es donde más claramente secunda las opiniones del PCFR y los nacionalistas rusos. No es una falsedad decir que la oposición a las reformas económicas venía, al menos en parte, de abajo; muchos de los votantes de los diputados del Soviet Supremo (que era una asamblea bastante democrática, por mucho que Yeltsin y otros trataran de presentarla como poco representativa) estaban sufriendo las enormes subidas de precios que la liberalización de enero de 1992 y las posteriores habían desencadenado. Pero eso trascendía el límite de su oposición, o incluso de la parte más importante de la misma. En la narración de Gowan faltan los siguientes hechos:

En abril de 1993, esto es, quince meses después del inicio de las reformas radicales, Yeltsin y la reforma económica obtuvieron el respaldo de un referéndum popular.

La coalición formada por el presidente del Soviet Supremo, Ruslan Khasbulatov, y el vicepresidente de la república, general Alexander Rutskoi, había desatendido repetidamente los acuerdos a los que habían llegado con Yeltsin.

La constitución que regía la Federación Rusa, una versión parcheada de la constitución de la era soviética, compelia de hecho a una lucha por el poder entre los diversos niveles de autoridad en el desierto político que era la Rusia poscomunista, ya que no dotaba a ninguno de esos niveles de un conjunto coherente de derechos y deberes.

El Soviet Supremo no sólo había exigido la rendición a Yeltsin, lo que Gowan niega, sino que sus líderes habían reclamado insistentemente su destitución, meses después de que el principal arquitecto de la terapia de choque, Yegor Gaidar, hubiera sido destituido por Yeltsin, y reemplazado por Víctor Chernomyrdin.

La dirección del Soviet Supremo había pretendido abiertamente organizar una fuerza armada independiente, que cayó en manos de fascistas declarados al profundizarse la confrontación entre el Soviet Supremo y el presidente.

Los errores del análisis de Gowan no son sólo de omisión. Afirma que Yeltsin «respondió a una manifestación contra una emisora de radio con un asalto militar al edificio del Parlamento». La «manifestación contra una emisora de radio» fue en realidad un ataque armado, ordenado por el general Rutskoi, a la emisora central de televisión, tras asaltar uno de los edificios del ayuntamiento de Moscú, opuesto al Soviet Supremo. Yo fui testigo de esos acontecimientos. Cabe una duda razonable acerca de si los diputados del Soviet Supremo que permanecían en el edificio después de que hubiera sido disuelto por Yeltsin (inconstitucionalmente, como insiste Gowan) habían sido deliberadamente inducidos a la insurrección armada por las fuerzas favorables al presidente. No creo que haya pruebas suficientes para afirmarlo, si bien Jonathan Steele en *Eternal Russia* y Bruce Clarke en *An Empire's New Clothes* sí lo creen. Pero de lo que no cabe duda es de que lo más destacado de aquel día, antes de que unidades del ejército ruso llevaran a cabo el ataque contra la Casa Blanca, no fue una «manifestación contra una emisora de radio».

Finalmente, una observación sobre la política rusa: Gowan se desliza sin reparos hacia la interpretación Gorbachev-bueno, Yeltsin-malo de la pasada década, que veda la comprensión de los acontecimientos. Está claro que Gorbachev actuó como libertador, sin entrar a considerar sus intenciones, aunque al parecer su intuición le guiaba por esa vía; también está claro, o debería estarlo, que él, o quienes actuaban en su nombre, destruyeron el Pacto de Varsovia, el COMECON, la Unión Soviética y el Partido Comunista, ayudándole Yeltsin tan sólo en el último minuto; de hecho, su liberación se resume en ese desmantelamiento. A sus sucesores no les quedaba ninguna de esas palancas de descompresión gradualista del comunismo que Gowan reclama en otro párrafo de su artículo. Se encontraban en una situación muy diferente y mucho peor que la de los dirigentes comunistas chinos, a los que Gowan, por supuesto, alaba por su cauto gradualismo, sin reconocer, ni siquiera mencionar, el consiguiente efecto colateral totalitario. Está igualmente claro que Yeltsin ha luchado contra la herencia que le cupo recibir de forma en ocasiones civilizada y en otras criminal; pero también está claro, o debería estarlo, que esa herencia era, y sigue siendo, de una complejidad sin precedentes para un gobierno con instrumentos de poder improvisados.

¿Culto al modelo², o elección racional?

La caracterización de las nuevas elites gobernantes es parecidamente tendenciosa. Desde la propia referencia a la terapia de choque en la sección «Temas» como un «culto al modelo» (lo que naturalmente hay que atribuir a NLR, no a Gowan), en la que se nos ofrece una imagen de crédulos e ignorantes nativos adorando una misteriosa teoría aportada por seres cuasidivinos procedentes de otras tierras, hasta el aserto de Gowan de que los nuevos gobiernos se vieron obligados a aceptar la terapia de choque si no querían pasar por el purgatorio de la ausencia de créditos del G7, esas elites aparecen como peones manipulados desde Washington, Londres... y Harvard. Sólo en una curiosa frase, «también se podría decir que la opinión oficial, al menos en Checoslovaquia, Polonia y Hungría, seguía [...] resueltamente comprometida con la terapia de choque, y que esto no se debía únicamente al poder estructural y la presión occidental», admite aparentemente que las nuevas elites podían actuar siguiendo su propia voluntad.

Este tratamiento de los nuevos gobiernos como colaboracionistas locales al servicio de una fuerza extranjera y hostil es comparable al que recibe Sachs. Aparece como una figura todopoderosa, que actúa a un tiempo como proselitista de los intereses de Occidente, como creador de una ideología legitimadora de esos intereses, y como manipulador de las elites poscomunistas para someterlas a ellos. No se reconoce que Sachs se ha labrado una posición que ningún otro economista ha alcanzado, ni siquiera pretendido: una posición tan visible públicamente, tan abiertamente proselitista, tan enfrentada, en ocasiones, a sus oponentes, que durante mucho tiempo sus colegas menos famosos, tanto sus aliados como sus muchos enemigos, han pensado que acabaría estrellándose. Fue consejero clave del gobierno de Bolivia durante su exitoso plan de estabilización, y de otros gobiernos latinoamericanos, que intentaban poner en práctica sus propias versiones de la terapia de choque a finales de la década de 1980. Su actuación pública más notoria fue como consejero del gobierno polaco poscomunista de Solidaridad, ayudando a organizar, junto al viceprimer ministro Leszek Balczerowicz, el apoyo del FMI al programa de estabilización de enero de 1990 (según Gowan, con resultados desastrosos). Invitado a Rusia por el último gobierno de Gorbachev, fue uno de los principales economistas estadounidenses que trabajó en la elaboración del «Gran Pacto» de Yavlinski-Allison, rechazado tanto por Gorbachev como por el G7 en agosto de 1991; durante 1992 y 1993 acudió a Moscú en repetidas ocasiones para aconsejar al primer ministro Yegor Gaidar, al ministro de privatizaciones Anatoli Chubais y al viceprimer ministro de economía Boris Fiodorov. Renunció a su puesto de consejero en enero de 1994, des-

² *Cargo-cult* en el original: literalmente, movimiento religioso-político presente entre los nativos de diversas islas del sur del Pacífico, caracterizado por la expectativa mesiánica del retorno de sus ancestros en barcos o naves voladoras, trayendo cargamentos de productos de la civilización moderna que cubrirían las necesidades de los nativos, harían innecesario el trabajo y los liberarían del control de los blancos. [N. del T.]

pués de que en las elecciones del mes anterior el LDPR [*Liberalno-Demokraticheskaia Partia Rossiï*] de Zirinovski hubiera alcanzado un gran éxito, y de un ostensible giro hacia la izquierda de la política económica rusa.

Durante esos años, 1992-1993, Sachs solicitó, más que cualquier otro consejero o institución occidental, una ayuda masiva del G7, y se opuso a todos los intentos, incluidos los del FMI, de mantener unida la zona del rublo (el antiguo bloque soviético); lanzó públicos y corrosivos ataques contra los funcionarios que según él se oponían a la reforma, sobre todo contra Viktor Gerashchenko, presidente del Banco Central Ruso desde mediados de 1992 hasta octubre de 1994, y reprendió a los comunistas, nacionalistas y otros partidos del Soviet Supremo que se oponían a las medidas de reforma emprendidas, especialmente a la privatización. Fue una figura central en cualquier crónica de aquellos años. Pero Sachs no es lo que Gowan pretende.

La terapia de choque no fue invento suyo, si bien contribuyó significativamente a su aplicación. Además de su labor en Bolivia y otros lugares de América Latina (donde los principales iniciadores de la reforma fueron los economistas y políticos de esos países), el caso más importante de aplicación del conjunto de técnicas que se conocen bajo ese nombre fue el pinchazo a la inflación israelí a mediados de la década de 1980. Las figuras claves de esa operación fueron el entonces presidente del Banco Central Israelí, Michael Bruno, ahora economista-jefe del Banco Mundial, y como consejero, Stanley Fischer, entonces en el MIT y ahora primer vicedirector ejecutivo del FMI. Ambos, especialmente el segundo, tienen mucho más poder institucional que Sachs, y mantenían, cada uno por su cuenta, posiciones parecidas, aunque hubiera desacuerdos entre ellos sobre ciertos aspectos y detalles, y Bruno creyera en un primer momento que era posible cierto gradualismo (por ejemplo, en la liberalización del comercio), si bien cambió de opinión al ir teniendo más datos de la dimensión del problema. También influyó sobre el programa de privatizaciones del gobierno Thatcher de principios de la década de 1980, por limitado que pudiera ser su valor práctico para unos gobiernos que deseaban privatizar la mayor parte de sus economías, mientras que Thatcher sólo privatizó entre el 3 y el 5 por 100.

La terapia de choque autóctona

Así pues, la terapia de choque, de la que nunca se dio una definición precisa, se convirtió en denominación aplicada a un conjunto de medidas que incluían normalmente la liberalización comercial y de los precios, la estabilización, la privatización y la convertibilidad: el orden en que se aplicarían esas medidas estaría determinado por los acontecimientos, pero se trataba de ponerlas en práctica tan simultáneamente como fuera posible, debido a la necesidad de una transición rápida. Esta necesidad estaba determinada, en el caso de los países poscomunistas, por la oportunidad abierta por la elección o nombramiento de gobiernos reformistas que podían aprovechar el apoyo popular para pedir a la población sacrificios

temporales y la renuncia a un ilusorio bienestar coyuntural en beneficio de unos cimientos más sólidos para la prosperidad futura. Por encima de todo hay que recalcar, frente al silencio de Gowan, que en la década de 1980 surgieron en muchos países comunistas grupos semiclandestinos de intelectuales, principalmente economistas, que leían y discutían las publicaciones económicas liberales occidentales. La mayoría de ellos se sentían atraídos también por la política democrática, no socialista. Mucho antes de que Sachs entrara en escena, y antes de que las instituciones financieras internacionales pusieran cualquier tipo de caseta de propaganda en la región, esos jóvenes intelectuales leían a Hayek, Friedman, Kornai, Fischer y Dornbusch, Bruno..., así como a Sachs; ligados entre sí, acudían a cuantos seminarios podían organizar; y en algunos casos (como el de Gaidar durante el período de la *glasnost* [transparencia] de Gorbachev) intentaron influir en la política económica mediante artículos periodísticos. Llegaron a la conclusión de que las medidas gradualistas que una y otra vez se proponían y se echaban abajo durante el período 1986-1991 estaban abocadas al fracaso, y por eso concibieron programas (entre los cuales el más conocido es el «Gran Pacto» de Yavlinski, un desarrollo de la estrategia «de los quinientos días» que él mismo y Shatalin habían ideado), que pretendían llevar a cabo la transición desde la economía de dirección administrativa al capitalismo en un tiempo récord.

Gowan parece creer, aunque no ofrece pruebas de ello, que Sachs fue el responsable del colapso del COMECON, y que esa operación fue orquestada por el G7. Hasta donde yo sé, el COMECON fue liquidado en una reunión de sus Estados miembros en Sofía en enero de 1990, cuando la parte rusa, con cierta sorpresa de los miembros centroeuropeos, concedió que las operaciones de la organización se contabilizaran en monedas fuertes, algo que hizo el colapso inevitable, ya que, una vez desaparecida su *raison d'être* política y bajo la forma de una organización de comercio relativamente transparente, sus desventajas, tanto para los rusos que intercambiaban su valioso petróleo y gas por maquinaria de baja calidad, como para los centroeuropeos atrapados en un nudo de relaciones comerciales de baja tecnología, se hicieron transparentemente obvias. Los gobiernos centroeuropeos comenzaban por entonces a apartarse velozmente de la Unión Soviética y del sistema comercial que consideraban como una imposición y la causa principal de su relativo retraso tecnológico; y no estaban dispuestos en absoluto a admitir que nadie les propusiera permanecer en la esfera de influencia soviética ni un minuto más de lo que se les había impuesto; tanto más cuanto que las revueltas populares contra la dominación soviética habían llevado al poder a nuevas elites. Esa opinión, ahora con respecto a Rusia, ya que ha dejado de existir la Unión Soviética, perdura y sigue siendo popular en los países de Europa central, así como en el Báltico, en las regiones más occidentales de Ucrania y en Moldavia. En cuanto a los países del Cáucaso y Asia central, en especial Kazajstán, la cuestión es más compleja: ésa es precisamente la causa del clamor a favor de la entrada en la OTAN por parte de los países centroeuropeos y bálticos, desenlace que sólo cabe juzgar deseable, pero que por el momento no

acaba de concretarse. Gowan, por el contrario, considera cualquier futura expansión de la OTAN hacia el Este simplemente «necesaria para consolidar la absorción de Europa central y oriental y asegurar el liderazgo estadounidense». Una vez más, las opiniones de los gobiernos de esos países, respaldados en este caso más aún si cabe por la opinión pública, no desempeña ningún papel, y sólo se les impedirá la entrada si los muchos escépticos de Europa occidental consiguen frenar el proceso.

Puede ser de hecho cierto, como dice Gowan, que Sachs se mostrara demasiado «ingenuo» al suponer que los países del G7 iban a cumplir su promesa de inyectar dinero en el mundo poscomunista para ayudarle a realizar una transición rápida. Cierto es que muchos funcionarios del FMI y el Banco Mundial, incluyendo los que veían con buenos ojos la línea general de Sachs, creen que si se hubiera librado el fondo de estabilización de 6.000 millones de dólares que éste proponía al entrar en funciones el gobierno Gaidar, se habría gastado sin que ello significara la menor mejora, ya que no existían ni las instituciones ni el consenso necesarios para intentar una estabilización de la economía. El FMI, el Banco Mundial y el Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo (BERD) se han quejado repetidamente de que es mucho más difícil encontrar en la antigua Unión Soviética proyectos viables a los que prestar dinero que obtener el consentimiento de sus jefes para prestarlo, debido en gran parte a la total ausencia, al principio, de una red bancaria y financiera tras el colapso de los regímenes comunistas, otra carga para los nuevos gobiernos que Gowan no menciona. Sin embargo, si esa acusación de ingenuidad fuera cierta, Gowan incurre en contradicción, ya que no cabe presentar a los gobiernos del G7 dispuestos a introducir por la fuerza la terapia de choque en los países poscomunistas para llevar adelante sus designios imperialistas, y suponer a la vez que se privaban de los medios para asegurar el éxito de esos planes. Tampoco puede presentar a Sachs como una fuerza diabólica y al tiempo como un hombre cuyas propuestas se perdían en el marasmo de la indiferencia de Washington.

En ocasiones, Gowan va más allá de las contradicciones e incurre en errores deliberados, como cuando critica un «artículo extraordinario» de Michael Ignatieff en *Foreign Affairs*³, acusándole de «despreciar la “democracia formal” de los resultados electorales» y de realizar «groseras propuestas de interferencia burocrática en la vida sociopolítica» de los países poscomunistas. De hecho, cualquier lectura razonable del artículo de Ignatieff, que no es sino una reseña de *Conditions of Liberty* de Ernest Gellner, apreciaría un análisis mayormente descriptivo de ese libro, que contenía unas cuantas sugerencias genéricas para que los Estados occidentales emplearan el dinero de la ayuda para reforzar las instituciones de la sociedad civil, como la prensa, las universidades y los sindicatos. Ignatieff puede sin duda defenderse por sí mismo si así lo desea, pero yo no puedo encontrar en su artículo ni un asomo de menosprecio por la «democracia formal» de los resultados electorales ni de injerencias burocráticas en los países de Europa central para forzar en

³ Michael IGNATIEFF, «On Civil Society», *Foreign Affairs*, marzo/abril de 1995.

ellos la aparición de una sociedad civil. La cuestión, que parece bastante incontrovertible, es que las formas institucionales de elección de representantes no lo son todo en una sociedad que pretende ser democrática.

El éxito de la terapia de choque

Sin embargo, lo más intrigante en el artículo de Gowan es el hecho de que su tesis principal parece, no sólo débilmente argumentada, sino completamente errónea. En lo más hondo de su propósito hay un anhelo de probar que la terapia de choque ha causado más daño allí donde más servilmente se ha aplicado. Ahora bien, son precisamente los países donde se ha puesto en marcha una u otra variante de esa terapia los que mejor están funcionando. Lo ha dicho, claro está, Sachs, pero también lo han dicho *The Economist*, el *Financial Times* y otros medios, que han aplaudido esa estrategia, como cabía esperar. Gowan afirma que se trata de propaganda engañosa. Pero no aparece por ningún lado en qué basa esa aseveración.

En primer lugar dice, comparando los casos de Hungría y Rumanía, que el gradualismo produce mejores resultados que la terapia de choque: «Rumanía –asegura– ha resucitado con mucha más fuerza que la abierta de par en par Hungría o la República Checa». Simplemente, no es cierto. Según las últimas cifras disponibles, las del BERD, que tienen en cuenta las fuentes estadísticas de los países en cuestión, así como las del FMI, el Banco Mundial, la OCDE y la UNECE, el PNB de Rumanía en los años transcurridos desde 1990 se contrajo en un 6, un 13 y un 10 por 100 en 1990, 1991 y 1992, creció un 1, un 3 y un 4 por 100 en 1993, 1994 y 1995. El PNB de Hungría disminuyó el 4, el 12, el 3 y el 1 por 100 hasta 1993, y luego creció el 2 y el 3 por 100 en 1994 y 1995. En 1995, el PNB de Rumanía alcanzaba sólo el 81 por 100 del de 1989, mientras que el de Hungría se situaba en el 86 por 100 del de 1989⁴. Así pues, no es verdad que Rumanía «resucitara con mucha más fuerza» que Hungría.

En realidad, las propias premisas de la comparación son cuestionables. En general se suponía –hasta 1995, cuando se formó un gobierno compuesto principalmente de antiguos comunistas– que Hungría se resistía a aplicar muchos de los aspectos necesarios de la terapia de choque. Su proceso de privatización no comenzó realmente a ponerse en práctica hasta 1995; seguía habiendo restricciones al comercio, aunque reducidas, y los controles salariales se mantuvieron hasta 1993. Pero aun tratando este caso, como hace Gowan, como ejemplo crudo de terapia de choque está claro que el resultado no es el que él indica. La economía húngara decreció significativamente menos que la rumana, y está creciendo casi tan deprisa como ésta.

En segundo lugar, afirma que a los países de Europa central les llevará veinte años volver a los niveles de vida de los últimos años del comunismo. Deberíamos antes recordar que en los últimos años del comunismo países

⁴ *Transition Report*, Londres, BERD, 1995.

como Hungría y Polonia tuvieron que recurrir desesperadamente a créditos exteriores para mantener el nivel de consumo de su población, mientras que los regímenes partidarios de la línea dura como Checoslovaquia, Alemania del Este, Albania y Rumanía simplemente se hundieron de diferentes maneras, dada su rígida estructura, en cuanto tuvieron que satisfacer normas más estrictas. Deberíamos tener en cuenta asimismo que en todas las economías poscomunistas las cifras oficiales aparecen distorsionadas en dos sentidos, con un resultado similar: en el período comunista, el PNB y los datos de consumo se fingían más elevados para mostrar el cumplimiento del plan y por razones de propaganda. Tras el comunismo, se tiende a distorsionarlos a la baja, ya que gran parte de la actividad privada no aparece en las estadísticas debido a la voluntad de eludir impuestos. Así sucede especialmente en Rusia y otras ex repúblicas soviéticas, lo que explica en parte por qué, aun habiendo disminuido el PNB actual a menos de la mitad, el consumo, aunque ha disminuido, no lo ha hecho en igual medida. Pero aparte de esas puntualizaciones, los datos del BERD muestran que el PNB polaco en 1995 alcanzaba el 97 por 100 de su nivel de 1989, en la República checa el 85 por 100, y en Hungría, como hemos dicho antes, el 86 por 100. Aunque no llegaran a materializarse las altas tasas de crecimiento (del 5 por 100) previstas para esos países, en 2000, o todo lo más uno o dos años después, recuperarían los niveles de 1989; así pues, el plazo sería de cinco o seis años, y no de veinte.

Esos países –sostiene Gowan pretendiendo aportar más pruebas de su postulación– se han visto obligados a depender de las importaciones, debido a la destrucción de sus propias industrias promovida desde Occidente. Dejemos a un lado el hecho de que seguir privando a los ciudadanos de los que ahora suponen países libres, de parte de los bienes disponibles en Occidente, que muchos de ellos visitan, condenaría a la derrota a cualquier gobierno; o que si la estructura de las importaciones se inclina hacia los bienes de capital –Gowan no pone en cuestión esas cifras–, un superávit de importaciones es algo bueno. Pero es que la realidad está muy alejada de la «bonanza de importaciones» que él afirma que disfrutaban los fabricantes occidentales. Atendiendo a las últimas cifras disponibles (de 1994), la República checa ha aumentado fuertemente la tasa de crecimiento de sus exportaciones con respecto a las importaciones. El crecimiento de las exportaciones polacas duplica el aumento de sus importaciones en el mismo año, y sólo Hungría, cuyas exportaciones e importaciones crecieron fuertemente en los primeros años de la década de 1990, muestra un menor crecimiento, especialmente en las exportaciones.

La miseria que acompaña a la reforma, rápida o lenta

Finalmente, Gowan subraya debidamente la miseria que afecta a las poblaciones de los países poscomunistas, cuyos ingresos y niveles de salud descienden, mientras que aumentan el desempleo y la tasa de mortalidad.

Estas cuestiones son particularmente graves en la antigua Unión Soviética, donde la esperanza de vida masculina, que hace una década estaba en torno a los sesenta y cinco años, se sitúa ahora en los cincuenta y nueve, si bien la femenina es mucho más elevada, comparable a la de los países desarrollados. Esa es la parte más relevante y patética del artículo, y en ella, al parecer, está el quid de la cuestión: el deseo de Occidente de machacar y quemar las economías poscomunistas se ha llevado a cabo tan fanáticamente que ha tenido como consecuencia la muerte prematura de cientos de miles de personas que de otro modo habrían vivido más tiempo, con mejor salud y mayor dicha.

Pero cuanto sabemos de lo que allí sucede nos lleva decir que esto es falso. Los países que no han pasado por un cambio radical, o que como Rusia sólo lo han iniciado sin completarlo, prolongando una agonía y retrasando su alivio, son los que muestran los peores resultados, tanto en la esfera social como en otras. Por el contrario, los que han pasado por el *shock* están mejorando rápidamente. Una vez más, las últimas evidencias «indican que los países que han afrontado más firmemente la transición y estabilización son los que han sufrido menores costes en el proceso y están comenzando a ver llegar su recompensa, aunque ésta no aparezca inmediatamente sino al cabo de tres o cuatro años de puesta en práctica de las medidas de transición necesarias. Aunque el nivel de vida tardará algún tiempo en recuperarse, un período de cuatro años para que comiencen a aparecer los beneficios de un cambio económico y social tan radical debe considerarse, en términos históricos, notablemente corto. Actualmente pueden observarse demandas de mayor avance de la reforma en países en los que ésta todavía está en sus primeras fases»⁵.

Y en lo que se refiere a la cuestión social, citemos otro pasaje de la misma fuente: «todos los países en los que la reforma va más retrasada o más lenta [...] han experimentado un dramático deterioro de los índices sociales desde 1989. Lejos de mejorar esos parámetros del nivel de vida, queda claro que una reforma orientada al mercado escasa o pospuesta se ve acompañada por un severo deterioro de los índices de desarrollo social. Los mejores resultados de los países donde la reforma ha sido más rápida tienen un gran significado. Se traduce en amplias mejoras en el desarrollo social para la población de esos países [comparado con el de los más retrasados en la reforma]»⁶.

En gran parte de su argumentación, aunque no en toda ella, Gowan parece aceptar que el objetivo es, y debería ser, alguna forma de capitalismo; su discrepancia se refiere más, al parecer, al método elegido. Así pues, no hay diferencias fundamentales de opinión entre él y aquellos a quienes cri-

⁵ *Ibid.*, p. 7.

⁶ *Ibid.*, p. 24.

tica en cuanto al resultado final; su preocupación se centra en reducir los costes, tanto para las industrias como para la población.

Parece insinuar, por su pasajero empleo del ejemplo chino y por el tono, que la transición podría haber sido menos dolorosa si se hubiera organizado mejor, más gradualmente y con menos ideología neoliberal. Pero los casos de Ucrania en los años recientes y de Bielorrusia actualmente le contradicen: en ambos países se hicieron o se están haciendo esfuerzos para abrir gradualmente la economía, preservando al mismo tiempo el nivel de vida; tras un corto período en el que parecía que la cosa funcionaba, se amontonaban las pruebas de que todo iba peor. Por otra parte, esos países –a diferencia de China– afrontaban un colapso a todos los niveles, político, económico y social; en el caso de las antiguas Repúblicas soviéticas, eso sucedía tras más de setenta años del sistema político-económico más totalitario que haya conocido el mundo, en el que la agricultura se había visto completamente degradada –no como en China– y en el que la mayoría de los puestos de trabajo correspondían a la industria estatal, a diferencia, una vez más, de China. Uno de los muchos argumentos en favor de la terapia de choque es que haría desaparecer las penalidades rápidamente, en lugar de prolongarlas; pero que habría penalidades, eso queda fuera de toda duda.

Otras cuestiones planteadas por Gowan, sobre todo su predicción de que la pauta del futuro será el nacionalismo económico, y no la producción y el comercio globales, cada vez más internacionalizados, merecerían una refutación, pero son marginales con respecto a la cuestión principal. Su afirmación de que se ha cometido una terrible infamia sobre cientos de millones de vecinos europeos por parte de los cínicos adoradores del modelo aplicado y de sus seguidores entre los Estados más ricos del mundo, no se tiene en pie.